



Todos deberíamos ser feministas

Daniel Matusevich

Chimamanda Ngozi Adichie es una escritora nigeriana que vive desde los 19 años en Estados Unidos, donde estudió en las universidades de Drexel, Connecticut, Johns Hopkins y Yale, especializándose en escritura creativa y en estudios africanos. En el año 2013 publicó la que quizás sea su novela más conocida en castellano, *Americanah*, la increíble historia de Ifemelu (personaje femenino inolvidable con aires *lorriemoorianos* y alter ego de la autora) entre dos mundos, su Nigeria natal y los Estados Unidos.

En esta ocasión y atentos al interés que despierta en nuestros improbables lectores la cuestión de género, hemos decidido comentar una charla TED que Chimamanda dio en 2013 y que fue adaptada para su publicación en formato de breve ensayo, con menos de sesenta páginas. Nos estamos refiriendo a *Todos deberíamos ser feministas*, que ya desde su título nos convoca a analizar nuestra posición en referencia a un tema que afortunadamente cada vez más adquiere una visibilidad que lo hace inexcusable, no solamente desde el punto de vista social y cultural sino también desde el científico y el político.

De ninguna manera es esta una obra que plantea una mirada rompedora, más bien podríamos decir que el punto de vista propuesto por nuestra autora es necesario, fundamentalmente anclado en su visión femenina, feminista y afroamericana. La charla que inspiró la obra fue precedida por otra dada unos años atrás, "Los peligros de la historia única", centrada en el riesgo de manejarse con estereotipos ("... a hablar del peligro que implica la existencia de una sola historia, en un tema que es de ida y vuelta. Quien la cuenta la impone; quien la recibe puede creer que es la única...") y acerca de cómo los estereotipos limitan nuestro pensamiento y le dan forma.

Si entramos en el terreno de la psiquiatría, la psicología y el psicoanálisis, la pregunta tiene sentido y se sostiene en que la mirada sobre la perspectiva de género se sustenta en la más absoluta singularidad, en la convicción de que toda comprensión es al mismo tiempo una incompreensión, descartando de plano la mirada sexista propuesta por la ciencia; las diferencias anatómicas, fisiológicas y patológicas entre los sexos fueron utilizadas para establecer las desigualdades y las prácticas médicas sirvieron de apoyo para justificar la subordinación



Autor: Chimamanda Ngozi Adichie

Editorial: Literatura Random House

femenina. Ahora bien, en el mismo núcleo generador del pensamiento feminista se origina una vertiente del desarrollo académico que, con un inapelable fundamento epistémico, se expande en los últimos treinta años tratando de mostrar y demostrar que aquello que consideramos la organización natural y social del mundo (incluyendo la medicina y la psiquiatría) es solo una organización posible, la organización legitimada por la mirada masculina de la realidad. No consideramos que sea casual que esta crítica a la mirada oficial, entendida como masculina, se desarrolle poderosamente en el actual contexto, que comprende desde las nociones de la muerte de Dios, época del fin de la metafísica y desarrollo del pensamiento débil, hasta el respeto por las minorías étnicas y sexuales.

Es en este contexto que la obra y el pensamiento de Adichie adquieren gran relevancia, instalando y dándole visibilidad al concepto de feminismo en el siglo. Esta obra se ocupa de desmontar sistemáticamente algunos de los lugares comunes más habituales en torno a la cuestión (“... odias a los hombres, odias los sujetadores, odias la cultura africana, crees que las mujeres deberían mandar siempre, no llevas maquillaje, no te depilas, siempre estás enfadada, no tienes sentido del humor y no usas desodorante”) y lo hace a través de una prosa ingeniosa, irónica y muy rica en recursos narrativos.

Su mirada y varios de sus planteos la emparentan con Caitlin Moran, sobre todo con el libro más conocido de la inglesa, *Cómo ser mujer*. Más allá de las evidentes diferencias culturales entre ambas autoras, el enfoque feminista las acerca sensiblemente; podríamos decir que son parte de una corriente común, el *feminismo pop*, corriente popular que, alejada de los grandes debates académicos y políticos, se acerca más al empoderamiento femenino y la defensa de la igualdad. En palabras de la mismísima Moran: “Yo vengo de la cultura pop y quise escribir un libro con el que la gente pudiese divertirse. Si queremos que el feminismo funcione, hay que implicar a la gente”. Alex Vicente plantea claramente que el feminismo pasó de ser palabra tabú a término clave, ya que hoy se encuentra en boca de toda estrella que se precie, de Beyoncé a Emma Watson, pasando por la inefable Lena Dunham, quien plantea que “... si el feminismo tiene que convertirse en marca para provocar el cambio, no me voy a oponer”.

Todos estos movimientos se ven reflejados ampliamente en *Todos deberíamos ser feministas*, con el agregado del toque afroamericano, que indudablemente le aporta un grado de profundidad y de complejidad muy superior (“... la cultura tiene como meta asegurar la preservación y la continuidad de un pueblo. En mi familia, yo soy la hija que más interés tiene por la historia de quiénes somos, por las tierras ancestrales y por nuestra tradición. Y, sin embargo, yo estoy excluida de esas cuestiones, porque la cultura igbo privilegia a los hombres y únicamente los miembros masculinos del clan pueden asistir a las reuniones donde se toman las decisiones importantes de la familia”). El toque cultural atraviesa toda la lectura y nos permite pensar en nuestro propio contexto y en nuestra propia profesión y si estos principios se aplican o no.

Más allá de los cambios positivos que se vienen produciendo en el universo de la psiquiatría, la problemática de género dista de estar instalada en dicho colectivo con la fuerza y el calado que nos permitiría comenzar a pensar cambios tanto en la clínica como en la formación de los profesionales. Creemos que la lectura del texto que estamos reseñando constituye un aporte en esa dirección, que si bien puede ser señalado como falto de profundidad por algunos, nosotros preferimos pensarlo solamente como un paso en la dirección correcta con el objetivo claro de comenzar a llamar las cosas por su nombre, intentando cambiar actitudes y pensamientos en un paisaje de prácticas escasamente reflexivas.

Así escribe la autora:

“Pasamos demasiado tiempo enseñando a las niñas a preocuparse por lo que piensen de ellas los chicos. Y, sin embargo, al revés no lo hacemos. No enseñamos a los niños a preocuparse por caer bien. Pasamos demasiado tiempo diciéndoles a las niñas que no pueden ser irascibles, ni agresivas, ni duras, lo cual ya es malo de por sí, y luego nos damos vuelta y nos dedicamos a elogiar o justificar a los hombres por las mismas razones. El mundo entero está lleno de artículos de revistas y libros que les dicen a las mujeres qué tienen que hacer, cómo tienen que ser y cómo no tienen que ser, si quieren atraer o complacer a los hombres. Hay muchas menos guías para enseñar a los hombres a complacer a las mujeres” ■